

Tengo un sueño y otros discursos

Martin Luther King

Prólogo

*Un sueño aplazado
que se va cumpliendo*

VÍCTOR DE LA SERNA

Un joven europeo que en agosto de 1963 llegase por primera vez a Nueva York -la esclarecida metrópoli del norte de Estados Unidos y sede de las Naciones Unidas, no un adormilado poblachón sureño con un cucurucho del Ku Klux Klan escondido tras cada porche- se habría encontrado con algunas cosas inesperadas.

Le extrañaría que en su calle del East Side no viviese ningún negro, salvo alguna sirvienta de familia pudiente, y que a ningún afroamericano, incluso acomodado, se le ocurriese siquiera preguntar sí podía alquilar o comprar un piso allí (Por cierto: muchos de los *condominiums* más prestigiosos de Park Avenue tenían reglamentos estrictos que prohibían vender apartamentos, no sólo a negros, sino también a judíos, a árabes y hasta a miembros registrados del Partido Demócrata). Que, cuando un grupo de diplomáticos españoles encabezado por el ministro Fernando Castiella -llegados para preparar una histórica cita con la Asamblea General de la ONU: días después, el Comité de los 24 calificaría por primera vez Gibraltar como una colonia e iniciaría su proceso descolonizador- intentase cenar en el restaurante neoyorquino de moda, el Colon y, a uno de ellos, un gaditano de tez particularmente aceitunada, le sería brusca y groseramente negada la entrada al establecimiento. Hace 45 años, la discriminación racial era algo que se respiraba a diario en Estados Unidos, y no sólo por imposiciones legales en los Estados sureños sino porque, a lo largo del siglo transcurrido desde el final de la Guerra de Secesión y la esperanzada pero atolondrada (y efímera) etapa de Reconstrucción, todos los viejos hábitos, vicios y abusos de una forma de vida basada en la supremacía blanca (y anglosajona protestante) se habían reproducido. En Nueva York no se obligaba a los negros a ocupar la parte trasera de los autobuses ni había carteles (*No coloreas*) en las cafeterías, pero muchas veces se trataba de detalles epiteliales y, a la hora de la verdad, el negro, como el diplomático gaditano, acababa sintiéndose en Manhattan igual que en Selma o en Birmingham.

Ésa era la situación real, ocho años después de la puesta en marcha penosa y lenta del movimiento de los derechos civiles en el Sur profundo, en la que se desarrollaba a finales de ese mes de agosto de 1963 la Marcha sobre Washington («por el Empleo y la Libertad» era su subtítulo). Pretendía presionar a un Gobierno proclive a la causa de las minorías como era el del católico John F. Kennedy para que acelerase la adopción de leyes federales antirracistas.

Todos veían estas medidas como el único antídoto para las leyes segregacionistas estatales en el Sur. Y allí, en Washington, el 28 de agosto, con su breve discurso (más tarde bautizado como el de *Tengo un sueño*), un joven pastor protestante de Alabama supo encontrar las palabras capaces de movilizar a los norteamericanos de todos los colores en busca de la igualdad racial. Fue un discurso magnífico, el más importante junto al de

Abraham Lincoln en Gettysburg, de la historia de Estados Unidos. Un discurso... o casi un sermón desde el pulpito: reproducía la estructura, el ritmo y el estilo de una homilía de la Iglesia baptista, con alusiones de gran eficacia retórica a la Declaración de Independencia y a la Constitución de Estados Unidos.

En Europa sabíamos bastante poco hasta entonces de Martin Luther King Jr., aunque desde 1957 había aparecido en las noticias como dirigente del movimiento antirracista y autor de algunos discursos tan resonantes como el del *Nacimiento de una nueva nación*. A partir de ese 28 de agosto fue mucho más familiar para todos, en Estados Unidos y en el mundo, y quedó identificado como el primer líder del movimiento, muy por delante de personajes como los musulmanes negros (Elijah Muhammad o Malcolm X) o los radicales de los Panteras Negras (Huey Newton o Bobb y Seale).

Los musulmanes proclamaban el progreso negro en estricta separación racial frente a los «malvados» blancos; los Panteras, la «autodefensa» negra frente a la agresión blanca, a menudo a través de la violencia extrema. El pastor King (*Tengo un sueño*), en cambio, preconizaba la armonía racial y la ruptura de barreras, no sólo legales, sino sociales y humanas, entre los grupos étnicos de Estados Unidos. Era probablemente la postura más utópica frente a una realidad hosca, enquistada y secular. Pero era la única capaz de suscitar una mayoría social con fuertes apoyos en las comunidades blanca y negra.

Cinco años después del discurso de Washington, habían sido asesinados su autor, el presidente al que los manifestantes pedían amparo y ayuda y el ministro de Justicia - Robert Kennedy, hermano del mismo presidente- al que se encargaría en buena parte la promoción de las nuevas leyes. Frente a la utopía, el triple magnicidio colocaba un siniestro contrapunto histórico y muchos opinaban entonces (y algunos, aún hoy) que la despiadada realidad se imponería a los esfuerzos antirracistas y los afroamericanos seguirían sojuzgados.

El progreso ha sido lento, es cierto, y con altibajos y recaídas. Un decenio después de la Marcha, en 1973, y en una de las mecas del progresismo en Estados Unidos, la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, los alumnos extranjeros (de todos los colores, por cierto) comentaban entre ellos, con extrañeza, que sus compañeros norteamericanos hacían una vida social totalmente separada fuera de las clases: los blancos por un lado, los negros por otro. Y eso, sin que ninguno de ellos se reconociese racista, todos (o casi) eran demócratas y odiaban a Richard Nixon. Pero escuchaban músicas diferentes y preferían pasar el rato con los de su propia raza. Siglos de segregación acaban pagándose en el trato humano, se desarrollan culturas paralelas que se ignoran, o se conocen sólo superficialmente.

Pero cuando Washington confía una guerra en el Golfo a un general negro, cuando se suceden los altos *cargos* de *color-el* propio general Powell y luego Condoleezza Rice *dirigen desde hace ocho años la política exterior estadounidense-*, cuando las parejas multirraciales que hasta hace *poco eran tabú aparecen por* doquier en las series televisivas que ve la América profunda, es evidente que el proceso promovido por el pastor King ha cubierto etapas fundamentales. Si ahora preguntan a un alumno de Columbia si siguen separándose

negros y blancos al salir de clase, les mirarán con cara de total extrañeza. Las heridas, poco a poco, se van restañando.

El progreso no está siendo tan rotundo como se podría esperar porque permanecen las resistencias -muchas de origen económico, disfrazadas con argumentos supremacistas- por parte de sectores de (a *sociedad* blanca (a menudo, pero no sólo, pobres, *ignorantes* y *sureños*). Y también porque una parte de la *sociedad afroamericana* ha mantenido y actualizado los *argumentos segregacionistas* -justificados por siglos de esclavitud y explotación descarada- de los musulmanes negros o los Panteras de hace cuatro decenios, y rechaza por activa o por pasiva la integración en un sistema cada día más multirracial. Quizá por eso, paradójicamente, otros grupos étnicos antes segregados, desde los asiáticos hasta los hispanos, han progresado más deprisa. Pero las grandes tendencias son evidentes, duraderas, y van acercando el sueño de King. Con dificultad, pero con certeza.



Biografía

*El amor al prójimo,
un argumento político*

ALBERTO OLLÉ

Martin Luther King nació en 1929 en Atlanta, Georgia, y murió asesinado en 1968, en Memphis, Tennessee. Nadie como él supo encarnar la protesta afroamericana contra la discriminación racial. Su doctrina de resistencia pasiva, de no colaboración y, sobre todo, de no violencia llevada a extremos casi religiosos, lo convirtieron en el elemento aglutinador de los movimientos antirracistas durante las décadas de 1950 y 1960.

Nació en una familia de tradición sacerdotal: su padre fue pastor de la iglesia baptista Ebenezer, en Atlanta, en la que sucedió a su suegro. Su madre era maestra, hija del pastor Adam D. Williams, luchador contra la discriminación racial y miembro de la National Association for the Advancement of Colored People (N.A.A.C.P., Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color).

Martin Luther King Jr. creció en un ambiente familiar apacible, sin las penurias económicas que sufrieron y sufren tantos niños de los guetos negros americanos. Así, tuvo una educación esmerada, a la que contribuyeron su extraordinaria inteligencia y su aplicación en el estudio. Se educó en diferentes escuelas públicas y privadas (siempre reservadas para negros); a los 15 años ingresó en el Morehouse College de Atlanta, una prestigiosa institución de estudios secundarios reservada a estudiantes de color, donde también se habían graduado su padre y su abuelo. En 1948 ingresó por primera vez en un centro de estudios multirracial, el Seminario Teológico Crozer de Pensilvania, donde se licenció en 1951. Era uno de los seis estudiantes de color del centro, entre cien compañeros blancos. Aquel mismo año, gracias a una beca concedida por esta misma institución, entró en la universidad de Boston, donde obtuvo el doctorado en 1955 con una tesis titulada *Comparación de la idea de Dios en Paul Tillich y Gandhi*. En Boston conoció a Coretta Scott, una joven de Alabama con la que se casó en 1953. El matrimonio tuvo dos hijos y dos hijas.

King heredó de sus mayores una ideología de rechazo moral a la discriminación racial. En efecto, hay que destacar que la iglesia baptista estadounidense tiene una larga tradición de apoyo a la minoría de color. El padre del mismo Lincoln ingresó en la Iglesia baptista por la campaña antiesclavista que ésta había emprendido. Por otra parte, en paralelo a su formación académica, el pensamiento de Martin Luther estuvo influido por la lectura de clásicos de las ideas sociales como Platón, Rousseau, Hobbes o John Stuart Mill. También influyeron en él ideólogos cristianos como Walter Rauschenbusch, autor de *El cristianismo y la crisis social*, donde el autor hace una reflexión sobre el deber cristiano de compromiso con los oprimidos. Ya en su adolescencia, Martin Luther leyó a Henr y David Thoreau, autor del ensayo *Desobediencia civil*, que le abrió los ojos a la idea de la no violencia, idea que vio plenamente desarrollada más tarde en las obras y el ejemplo vital de Gandhi. Los conceptos *sat yagraha*, «la fuerza de la verdad», y *ahimsa*, «la no violencia», que fueron el alma de la insurrección liderada por Gandhi contra los ejércitos de la mayor potencia colonial de su época, fueron el modelo en el que basó su actuación social el propio Martin Luther King.

LA FORJA DE UN ACTIVISTA: EL BOICOT DE MONTGOMERY

En 1947 fue ordenado sacerdote en la parroquia de su padre, en la que fue nombrado asistente del pastor. Más tarde, después de su matrimonio con Coretta, se instaló en Montgomery, donde sustituyó a un pastor comprometido en una iglesia baptista con una feligresía compuesta por familias negras de clase media-alta y profesiones liberales.

En mayo de 1954 la Corte Suprema de Estados Unidos había reconocido la educación como un derecho inalienable y esto dio pie a King a movilizar a su feligresía en pro de la reivindicación de sus derechos. King, que ya en su época de estudiante en Morehouse había sido activo militante de la National Association for the Advancement of the Colored People, animó a los miembros de su comunidad a integrarse en dicha asociación.

El 1 de diciembre de 1955 Rosa Parks, una modista de color, cansada después de una dura jornada laboral, se negó a ceder su asiento a un blanco, tal como determinaban las inicuas leyes de Alabama. Iban a ingresarla en prisión por este hecho cuando un testigo de lo ocurrido pagó la fianza para evitarlo. King, informado del suceso, decidió reunir en su iglesia a los miembros más influyentes de la comunidad negra para organizar una movilización por aquel motivo. Un sindicalista presente en la reunión propuso el boicot a los autobuses, propiedad de una compañía privada. Los pastores se comprometieron a repartir octavillas con la convocatoria en los oficios dominicales: ningún negro debía tomar el autobús para dirigirse al trabajo, ir de compras o acudir a las escuelas. El boicot fue un éxito: ningún negro cogió el autobús, pero tampoco lo hicieron los blancos, atemorizados por los posibles disturbios.

King y sus colaboradores decidieron la prolongación *sine die* del boicot hasta que cesaran las medidas discriminatorias contra los negros en el transporte público. Para aprovechar la inercia del movimiento de masas, se creó una nueva organización, la Association for the Improvement of Montgomery (Asociación para el Progreso de Montgomery), de la que King fue elegido presidente.



Las coacciones policiales y para policiales que se produjeron contra King (fue arrestado por exceso de velocidad, su domicilio fue asaltado, fue condenado a 140 días de prisión por incitación al boicot) no pudieron impedir un éxito que superaba las expectativas más optimistas: durante meses, durante 384 días exactamente, los negros mantuvieron el boicot, creando una red de cooperación, de transporte alternativo gratuito, de grupos para caminar juntos al trabajo, hasta que la compañía de autobuses, al borde de la quiebra, tuvo que suprimir las medidas discriminatorias. King y la comunidad de color de Montgomery habían ganado, no sólo una batalla, sino una auténtica guerra: en noviembre de 1956, la Corte Suprema de Estados Unidos declaró inconstitucionales las leyes discriminatorias en los transportes.

ENTRE AGITADOR Y MESÍAS

En 1957 King y otros líderes negros crearon la Southern Christian Leadership Conference (S.C.L.C), de la que también fue elegido presidente el mismo King. Los primeros objetivos de la organización fueron la lucha contra las leyes estatales de discriminación en el transporte, que seguían aplicándose en muchos estados del Sur a pesar de las leyes federales, y la supresión de las legislaciones estatales que obstaculizaban el derecho a voto de los negros.

King se convirtió ya en una figura emblemática de los movimientos pro derechos civiles de la minoría negra. Recorría Estados Unidos organizando mítines, apoyando los movimientos de protesta y tratando de inculcar en todos los actos reivindicativos su ideario de no violencia. Como había proclamado con ocasión del boicot de Montgomery, «una de las glorias de la democracia es que otorga al pueblo el derecho a protestar. Lo haremos, pero sin odio ni violencia. Nuestra regla será el amoral prójimo».

El prestigio de Martin Luther King crecía y crecía. En marzo de 1957 Kwame Nkrumah lo invitó a los actos de celebración de la independencia de Ghana. Poco después, la S.C.L.C. y la N.A.A.C.P. convocaron una gran manifestación conmemorativa del tercer aniversario de la ley que suprimía la segregación en las escuelas. El 17 de mayo se reunían en el Memorial Lincoln de Washington 35000 mil manifestantes, la gran mayoría de ellos negros, para escuchar las arengas de sus líderes, entre ellos el propio King. Estas movilizaciones forzaron la convocatoria de King por parte del vicepresidente Nixon y por el mismísimo presidente Eisenhower unas semanas más tarde. De todas maneras ambos ocultaron bajo un lenguaje ambiguo su poca disposición a legislar para que el derecho a voto de los negros se convirtiera en una realidad.

Esta reticencia, esta lentitud de las autoridades en aplicar las medidas antidiscriminatorias que podían hacerles perder votos en los estados del Sur, exasperaba a la población negra, sobre todo a los más jóvenes, y a partir de 1959 comenzaron a surgir movimientos de descontento que cristalizaron en la organización de los Musulmanes Negros, que, bajo el liderazgo de Malcolm X, preconizaba la violencia como única solución a la discriminación racial.

LAS GRANDES MOVILIZACIONES. EL PREMIO NOBEL

A finales de 1959 la familia King abandonó Montgomery, dado que debido a sus actividades políticas Martin no podía dedicarse a sus funciones sacerdotales como era debido, y se instalaron en Atlanta.

En febrero de 1960 comenzó la mayor campaña de movilizaciones pro derechos civiles que había conocido el país. Aquel día, en la ciudad de Greensboro, Carolina del Norte, un grupo de estudiantes de color acudió a un comedor reservado a estudiantes blancos y se negaron a desalojarlo. Cuando la noticia se difundió por radio, cientos de estudiantes acudieron a apoyarles. La comunidad negra reaccionaba y las movilizaciones se extendieron de forma imparable. Por todos los estados del Sur se practicó la táctica de las sentadas no violentas. Los estudiantes de color protestaban sentados, sin reaccionar violentamente a las agresiones de la policía ni a las provocaciones de los estudiantes racistas. La reacción de las autoridades no hacía mella en los manifestantes: más de 21.000 personas arrestadas en dos años en los estados del Sur, entre ellas, Martin Luther King en muchas ocasiones; en 1960, el líder de color fue acusado (y absuelto) de evasión fiscal. Poco a poco, y gracias a esta forma de protesta pacífica, la integración de los negros en todos los espacios públicos se iba haciendo realidad.

En septiembre de 1964, King era recibido por Willy Brandt en Berlín y por Pablo VI en Roma. Como colofón a aquel año triunfal, en diciembre recogía el premio Nobel de la Paz, que venía a legitimar mundialmente la lucha no violenta pro derechos humanos preconizada por el reverendo.

EL RACISMO EN EL NORTE. MOVIMIENTOS VIOLENTOS

El movimiento encabezado por King había demostrado la validez de sus planteamientos en los estados del Sur. No obstante, King desconocía otra realidad de las comunidades negras americanas: la de los grandes guetos negros de las ciudades industriales del Norte. En efecto, en estos estados, si bien no existían leyes específicamente racistas, sí existían unas condiciones económicas que segregaban a los negros en guetos con tanta o más eficacia a veces que las perversas leyes sudistas. En efecto, la población negra de las grandes ciudades del norte sufría unas condiciones de vida penosas. Hacinada en barrios insalubres, con un sistema educativo ineficaz, sin una organización sanitaria pública ni medios para pagarse la sanidad privada, paro endémico, sueldos discriminatorios y familias desestructuradas, una juventud sin pasado ni futuro se sentía cada vez más atraída por las soluciones violentas del Black Power, el odio hacia el blanco, el deseo de una América sin blancos: la discriminación en el otro sentido.

King tomó pronto conciencia de la magnitud del problema. Se instaló en un barrio negro de Chicago con su esposa y desde allí intentó organizar movimientos sociales. No obstante, sus iniciativas, como la ocupación y restauración de casas deshabitadas, o la huelga de alquileres abusivos, le causaron muchos problemas.

Por otra parte, las medidas de carácter social que propuso a las autoridades como la

construcción de viviendas sociales, fueron tildadas de comunistas. En este momento su popularidad comenzó a bajar entre la población de color americana.



MARCHA DE SELMA

Al capitolio de Montgomery, Alabama, encabezada por Coretta y Martin Luther King en marzo de 1965.

A pesar de ello, Martin Luther King no renunció a las movilizaciones masivas que tan buenos resultados le habían dado en el pasado. Pero sus propuestas de nuevas formas no violentas de protesta no tenían eco. Comenzó entonces a preparar con otros líderes negros una gran Marcha de los Pobres sobre Washington para la primavera de 1968. No obstante, no iba a participar en aquella marcha. A primeros de abril se dirigió a Memphis, Tennessee, para participar en las manifestaciones convocadas por los basureros de aquella ciudad. Había tenido lugar una larga huelga, con mucha violencia, incluso con un joven muerto a manos de la policía.

El 4 de abril de 1968 estaba en la terraza de la habitación de su hotel hablando con un feligrés sobre la ceremonia del día siguiente, cuando se oyó una detonación: Martin Luther King cayó con la garganta medio seccionada de un tiro disparado por el sicario James Earl Ray. Había muerto un hombre, pero no su idea.

TENGO UN SUEÑO

Washington, 28 de Agosto del 63

Estoy orgulloso de reunirme con ustedes hoy, en la que será ante la historia la mayor manifestación por la libertad en la historia de nuestro país. Hace cien años, un gran estadounidense, cuya simbólica sombra nos cobija hoy, firmó la Proclamación de Emancipación. Este trascendental decreto fue como un gran rayo de luz y de esperanza para millones de esclavos negros, chamuscados en las llamas de una flagrante injusticia. Llegó como un precioso amanecer al final de una larga noche de cautiverio. Pero, cien años después, el negro aún no es libre; cien años después, la vida del negro es aún tristemente lacerada por las esposas de la segregación y las cadenas de la discriminación; cien años después, el negro vive en una isla solitaria en medio de un inmenso océano de prosperidad material; cien años después, el negro todavía languidece en las esquinas de la sociedad estadounidense y se encuentra desterrado en su propia tierra.

Por eso, hoy hemos venido aquí a escenificar una situación vergonzosa. En cierto sentido, hemos venido a la capital de nuestro país a cobrar un cheque. Cuando los arquitectos de nuestra república escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, firmaron un pagaré del que todo estadounidense habría de ser heredero. Este documento era la promesa de que a todos los hombres les serían garantizados los inalienables derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Es obvio hoy en día que Estados Unidos ha incumplido ese pagaré en lo que concierne a sus ciudadanos negros. En lugar de honrar esta sagrada obligación, Estados Unidos ha dado a los negros un cheque sin fondos; un cheque que ha sido devuelto con el sello de «fondos insuficientes». Pero nos negamos a creer que el Banco de la Justicia haya quebrado. Nos negamos a creer que no haya suficientes fondos en las grandes reservas de oportunidades de este país. Por eso hemos venido a cobrar este cheque; el cheque que nos colmará de las riquezas de la libertad y de la seguridad de justicia.

También hemos venido a este lugar sagrado para recordar a Estados Unidos de América la urgencia impetuosa del ahora. Éste no es el momento de permitirse el lujo de enfriarse o de tomar tranquilizantes de gradualismo. Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia. Ahora es el momento de salir del oscuro y desolado valle de la segregación hacia el camino soleado de la justicia racial. Ahora es el momento de hacer de la justicia una realidad para todos los hijos de Dios. Ahora es el momento de sacar a nuestro país de las arenas movedizas de la injusticia racial hacia la roca sólida de la hermandad.

Sería fatal para la nación pasar por alto la urgencia del momento y no darle importancia a la decisión de los negros. Este verano, ardiente por el legítimo descontento de los negros, no pasará hasta que no haya un otoño vigorizante de libertad e igualdad.

1963 no es un fin, sino el principio. Y quienes tenían la esperanza de que sólo los negros necesitaban desahogarse y ya se sentirían contentos, tendrán un rudo despertar si el país retorna a lo mismo de siempre. No habrá ni descanso ni tranquilidad en Estados Unidos hasta que a los negros se les garanticen sus derechos de ciudadanía. El torbellino de la

rebelión continuará sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que surja el esplendoroso día de la justicia.

Pero hay algo que debo decir a mi gente que aguarda en el cálido umbral que conduce al palacio de la justicia. Debemos evitar cometer actos injustos en el proceso de obtener el lugar que por derecho nos corresponde. No busquemos satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo de la copa de la amargura y el odio. Debemos conducir para siempre nuestra lucha por el camino elevado de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra protesta constructiva degenerare en violencia física. Una y otra vez debemos elevarnos a las majestuosas alturas, donde se encuentre la fuerza física con la fuerza del alma. La maravillosa nueva militancia que ha envuelto a la comunidad negra no debe conducirnos a la desconfianza de toda la gente blanca, porque muchos de nuestros hermanos blancos, como lo evidencia su presencia aquí hoy, han llegado a comprender que su destino está unido al nuestro y su libertad está inextricablemente ligada a la nuestra. No podemos caminar solos. Y al hablar, debemos hacer la promesa de marchar siempre hacia adelante. No podemos volver atrás.



Hay quienes preguntan a los partidarios de los derechos civiles, «¿cuándo quedarán satisfechos?»

Nunca podremos quedar satisfechos mientras nuestros cuerpos, fatigados de tanto viajar, no puedan alojarse en los moteles de las carreteras y en los hoteles de las ciudades. No podremos quedar satisfechos mientras los negros sólo podamos trasladarnos de un gueto pequeño aun gueto más grande. Nunca podremos quedar satisfechos mientras un negro de Misisipí no pueda votar y un negro de Nueva York considere que no hay por qué votar. No, no; no estamos satisfechos y no quedaremos satisfechos hasta que «la justicia ruede como el agua y la rectitud como una poderosa corriente».

Sé que algunos de ustedes han venido hasta aquí después de pasar penalidades y tribulaciones. Algunos han llegado recién salidos de angostas celdas. Algunos de ustedes han llegado de lugares donde en su búsqueda de la libertad han sido golpeados por las tormentas de la persecución y derribados por los vientos de la brutalidad policíaca. Ustedes son los veteranos del sufrimiento constructivo. Continúen trabajando con la convicción de que el sufrimiento que no es merecido, es emancipador.

Regresen a Misisipí, regresen a Alabama, regresen a Georgia, regresen a Luisiana, regresen a los barrios bajos y a los guetos de nuestras ciudades del Norte, sabiendo que de alguna manera esta situación puede ser y será cambiada. No nos recreemos en el valle de la desesperanza.

Hoy les digo a ustedes, amigos míos, que a pesar de las dificultades del momento, yo aún tengo un sueño. Es un sueño profundamente arraigado en el sueño americano.

Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: «Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales».

Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad.

Sueño que un día, incluso el estado de Misisipí, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia.

Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el cual no serán juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que un día, el estado de Alabama, cuyo gobernador esconde frases de interposición entre las razas y anulación de los negros, se convierta en un sitio donde los niños y niñas negras puedan unirse sus manos con las de los niños y niñas blancas y caminar unidos, como hermanos y hermanas.

¡Hoy tengo un sueño!

Sueño que algún día los valles serán cumbres, y las colinas y montañas serán llanos, los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados, y la gloria de Dios será revelada, y se unirá todo el género humano.

Ésta es nuestra esperanza. Ésta es la fe con la cual regreso al Sur. Con esta fe podremos

esculpir de la montaña de la desesperanza una piedra de esperanza. Con esta fe podremos transformar el sonido discordante de nuestra nación en una hermosa sinfonía de fraternidad. Con esta fe podremos trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres.

Ése será el día en el que todos los hijos de Dios podrán cantar el himno con un nuevo significado, «Mi país es tuyo. Dulce tierra de libertad, a ti te canto. Tierra de libertad donde mis antecesores murieron, tierra orgullo de los peregrinos, de cada costado de la montaña, que repique la libertad». Y si Estados Unidos ha de ser grande, esto tendrá que hacerse realidad.

Por eso, ¡que resuene la libertad desde la cúspide de los montes prodigiosos de New Hampshire! ¡Que resuene la libertad desde las poderosas montañas de Nueva York! ¡Que resuene la libertad desde las alturas de las Alleghenies de Pensilvania! ¡Que resuene la libertad desde las Rocosas cubiertas de nieve en Colorado! ¡Que resuene la libertad desde las sinuosas pendientes de California! Pero no sólo eso: ¡Que resuene la libertad desde la Montaña de Piedra de Georgia! ¡Que resuene la libertad desde la Montaña Lookout de Tennessee! ¡Que resuene la libertad desde cada pequeña colina y montaña de Misisipí! «De cada costado de la montaña, que resuene la libertad».

Cuando repique la libertad y la dejemos resonaren cada aldea y en cada caserío, en cada estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día en el que todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y cristianos, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro: «¡Libres al fin! ¡Libres al fin! Gracias a Dios omnipotente, ¡somos libres al fin!»

EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA NACIÓN

Montgomery, 7 de Abril del 57

Quisiera hoy hablaros del «nacimiento de una nueva nación». Y me gustaría basar nuestra meditación conjunta en una historia que desde hace mucho tiempo está grabada en las mentes de las sucesivas generaciones. Se trata de la historia del Éxodo, la historia de la huida del pueblo hebreo de la esclavitud en Egipto a través del desierto y, al final, su llegada a la Tierra Prometida. Es una historia hermosa. Tuve el privilegio, la otra noche, de ver la historia del Éxodo en la ciudad de Nueva York, en una película titulada *Los Diez Mandamientos*[^] Llegué a verla en toda su belleza: la lucha de Moisés, la lucha de sus leales seguidores mientras trataban de salir de Egipto. Cómo partieron hacia el desierto y alcanzaron la Tierra Prometida. Hay algo similar en la historia de todos los que luchan por la libertad. Es el primer relato acerca de la búsqueda explícita de la libertad por el ser humano. Y nos muestra las etapas que de forma inevitable parecen seguir a la búsqueda de libertad.

Antes del 6 de marzo de 1957, había un país que conocíamos como Costa de Oro. Este país era una colonia del Imperio británico. Un país situado en aquel inmenso continente que llamamos África. No me cabe duda de que sabéis muchas cosas de África, de ese continente con unos 200 millones de habitantes que cubre un extenso territorio. Son muchos los nombres conocidos que asociamos con África y que probablemente recordaréis; hay algunos países africanos que mucha gente nunca sitúa en África. Por ejemplo, Egipto está en África. Y lo está la inmensa región del Norte de África, con Egipto y Etiopía, Túnez y Argelia, Marruecos y Libia. Luego podríamos pasar a Sudáfrica y pensar en el extenso territorio que llamamos Unión Sudafricana. Allí está aquella capital, Johannesburgo, de la que sin duda habréis leído muchas cosas estos últimos días. Luego está el África central, con países como Rhodesia y el Congo Belga. Y luego el África oriental, con países como Kenia y Tanganika, como Uganda y otros poderosos países. Y luego, si nos desplazamos al África occidental, encontramos el África Occidental Francesa y Nigeria, Liberia y Sierra Leona y otros lugares similares. Y es en esta región, en esta parte de África, dónde se halla la Costa de Oro, en el oeste de África.

También sabréis que durante años, durante siglos, África ha sido uno de los continentes más explotados de la historia del Mundo. Ha sido el «continente negro». Ha sido el continente que ha sufrido todo el dolor y la aflicción que fueron capaces de infligirle otras naciones. África, el continente que sufrió la esclavitud, que sufrió todas las vejaciones que podamos pensar y que fueron realizadas a través de la explotación a que la sometieron otras naciones.

Y este país, la Costa de Oro, formaba parte de este extenso continente que llamamos África. Es un pequeño país del África occidental, de unas 91.000 millas, con una población de unos cinco millones de habitantes, un poco más de cuatro millones y medio para ser precisos. Y tiene su capital en Accra. Durante años, la Costa de Oro fue explotada, dominada y pisoteada. Los primeros colonos europeos que llegaron a aquellas tierras hacia 1444 eran portugueses y empezaron a legitimar el comercio de personas en la Costa de Oro. Empezaron a tratar con ellos y su oro dándoles a cambio armas, municiones, pólvora y

cosas por el estilo. Bien, muy poco después América fue descubierta a fines del siglo XV, y luego las Indias Occidentales británicas. Y todos aquellos descubrimientos, cada vez mayores, dieron lugar al tráfico de esclavos. Recordaréis que se inició en América en 1619.

Y hubo una gran disputa para hacerse con el poder en África. Con el aumento del comercio de esclavos, llegaron a África en general, y a la Costa de Oro en particular, no sólo portugueses, sino también suecos y daneses, holandeses y británicos. Y todas estas naciones compitieron entre sí por hacerse con el poder en la Costa de Oro, de modo que pudieran explotar a esos pueblos por motivos comerciales y venderlos como esclavos.

Por último, en 1859, los británicos se impusieron y se hicieron con el dominio de toda la extensión territorial de la Costa de Oro. Entre 1850 y el 6 de marzo de 1957, la Costa de Oro fue una colonia del Imperio británico. Y como colonia padeció todas las injusticias, todas las explotaciones, toda la humillación resultado del colonialismo. Pero al igual que toda esclavitud, que toda dominación, que toda explotación, llegó un punto en que el pueblo se cansó.

Y ésa parece ser la fábula de esta historia. Parece haber un deseo palpitante, un deseo interior de libertad en el seno del alma de todos y cada uno de los hombres. Y está ahí y puede que al principio no aflore, pero al final aflora cuando los hombres caen en la cuenta de que la libertad es algo fundamental, y que robarle a un ser humano su libertad es quitarle la base esencial de su humanidad. Que quitarle su libertad es robarle algo que le hace ser a imagen de Dios. Por citar las palabras de Shakespeare en *Ótelo*, «quien me roba la bolsa, roba algo que no vale nada; ese algo es nada; fue mío, ahora es su yo, ha sido esclava de miles; pero el que me afana la libertad, me priva de algo que no le enriquece, pero que de hecho me hace más pobre».

Hay algo en el alma que pide a gritos libertad. Hay algo en el fondo del alma de cada ser humano que trata de alcanzar la tierra de Canaán. Los hombres no podían sentirse satisfechos en Egipto. Por un tiempo trataron de amoldarse. Muchos tenían intereses personales en Egipto y les costaba mucho dejarlos. Egipto era muy lucrativo para ellos. Algunos sacaban provecho de Egipto. La inmensa mayoría, en cambio, las masas de gente, no sacaban nada de Egipto y no se sintieron nunca contentas en Egipto. Y con el paso del tiempo se levantaron y empezaron a reclamar a gritos la tierra de Canaán.

Y así este pueblo se cansó. Fue una larga historia. En 1844, los jefes tribales de la Costa de Oro se alzaron y juntos se rebelaron contra el Imperio británico y las otras potencias que en aquella época dominaban la Costa de Oro. Se rebelaron diciendo que querían gobernarse ellos mismos. Pero aquellas potencias tomaron medidas drásticas contra ellos y los británicos les dijeron que no iban a soltarles.

En 1909, el 12 de septiembre, nació un joven. La historia no sabía en aquella época lo que aquel joven pensaba. Su padre y su madre, analfabetos, no formaban parte de la poderosa vida tribal de África, no eran para nada jefes, sino gente humilde. Y aquel muchacho creció. Por un tiempo fue a la escuela en Achimota, allí en África, y luego, cuando terminó sus estudios con brillantez decidió marchar a América. Y un día desembarcó en Estados Unidos llevando el equivalente a 50 dólares en libras en su bolsillo, dispuesto a procurarse una

educación. Y se fue a Pensilvania, a la Universidad de Lincoln. Empezó a estudiar allí y a leer las grandes ideas de los filósofos, y empezó a leer también las grandes ideas de todas las épocas. Y terminó de estudiar y obtuvo su título en teología y predicó un tiempo en Pensilvania y otras zonas mientras estuvo allí. Luego volvió a la Universidad de Pensilvania y estudió un doctorado en filosofía y otro en sociología. Durante todos los años que estuvo en América, fue pobre y tuvo que trabajar duro. En su autobiografía contaba que trabajó de botones en un hotel, en una cocina fregando platos y, en verano, como camarero mientras trataba no sin dificultad de salir adelante.

«Quería regresar a casa. Quería volver al África occidental, a la tierra de mi gente, mi tierra nativa. Allí aún había trabajo por hacer». Se subió a un barco y marchó a Londres y pasó un tiempo en la London School of Economics, donde obtuvo otro título. Entonces, mientras aún se hallaba en Londres, empezó a pensaren el panafricanismo y en el problema de cómo liberar a su pueblo del colonialismo. A tenor de lo que dijo, siempre fue consciente de que el colonialismo había sido ideado para dominar y explotar. Fue ideado para mantener a un grupo abajo y explotar económicamente a ese grupo para mayor provecho de otro. Estudió y meditó acerca de todo eso, y un día decidió regresar a África.

Cuando llegó a África fue elegido de inmediato presidente del United Party de la Costa de Oro. Y trabajó duro y empezó a tener seguidores. Y la gente de este partido, los viejos, la gente que había tenido sus manos puestas durante mucho tiempo en el mando, creyeron que estaba yendo demasiado deprisa y se sintieron un poco celosos de la influencia que ejercía. Y así, al final, tuvo que romper con el United Part y de la Costa de Oro y, en 1949, organizó el Partido de la Convención del Pueblo. Fue este partido el que empezó a trabajar por la independencia de la Costa de Oro. Él empezó a hacerlo con humildad, pidiendo a su pueblo que se les unieran para alcanzar la libertad y exhortando a las autoridades del Imperio británico a que les dieran libertad. Ellos se tomaron tiempo antes de responder, pero las masas del pueblo estaban con él y se unieron para convertirse en el partido más poderoso e influyente que nunca se había organizado en aquella parte de África. Empezó a escribir. Y con él, sus compañeros, muchos de los cuales empezaron a escribir tanto que las autoridades tuvieron miedo y los encarcelaron. Y el propio Nkrumah fue finalmente encarcelado durante varios años por ser un sedicioso, un agitador.

Se le encarceló acusado de sedición y fue condenado a cumplir muchos años de cárcel. Pero aun así sirvió de inspiración para algunos que estaban fuera de la prisión. Éstos se unieron al cabo sólo de unos meses desde que fue encarcelado y le eligieron primer ministro, mientras aún estaba en prisión. Las autoridades británicas trataron de mantenerlo en prisión un tiempo más, y Gbedemah -uno de sus colaboradores más cercanos, el ministro de Economía- afirmó que aunque aquella noche la gente estaba preparada para echar abajo la prisión y sacarle, aquél no era el modo de hacerlo; que no podían hacerlo así porque se desataría la violencia y eso iría en contra de lo que pretendían lograr.

El Imperio británico, no obstante, vio entonces que sería mejor ponerle en libertad. Y al cabo de pocas horas, Kwame Nkrumah, el primer ministro de la Costa de Oro, salió de la

cárcel. Había sido condenado a 15 años pero sólo había cumplido ocho o nueve meses y ahora salía convertido en el primer ministro de la Costa de Oro. Y esta lucha, que se había mantenido durante años, llegó al punto que esta pequeña nación se acercaba ya a su independencia.

Luego llegó la agitación persistente, la resistencia continua, de modo que el Imperio británico viera que no podía seguir gobernando la Costa de Oro. Y entonces acordaron que el 6 de marzo de 1957 iban a dejar en libertad a esta *nación*. Esta *nación ya no sería una* colonia del Imperio británico, aquella nación iba a ser una nación soberana dentro de la Commonwealth británica. Todo aquello se consiguió gracias a las protestas persistentes, a la agitación continua por parte del primer ministro Kwame Nkrumah y de los otros dirigentes que trabajaban con él y las masas que quisieron seguirlos. Así, aquel día finalmente llegó. Fue un gran día. La semana que siguió fue una gran semana. Hacía muchos años que venían preparándose para aquel día y ahora ya había llegado. Y empezó a acudir gente de todo el mundo. Empezaron a llegar el día 2 de marzo. Setenta naciones representadas habían acudido a decirle a esta nueva nación: «Os saludamos y os damos nuestro apoyo moral. Esperamos que Dios os guíe ahora que entráis en el reino de la independencia». De América acudieron más de un centenar de personas: la prensa, los invitados diplomáticos y los invitados del primer ministro. ¡Ah! fue una hermosa experiencia ver algunas de las más destacadas personalidades de los derechos civiles en Estados Unidos saludando allí el nacimiento de aquella nueva nación. A mi derecha estaba Adam Powell, a mi izquierda, Charles Diggs, y a mi derecha también Ralph Bunche. Al otro lado estaba el primer ministro de Su Majestad en Jamaica Manning, el embajador Jones de Liberia. Todas estas personas de América, Mordecai Johnson, Horace Mann Bond, todas estas personas habían ido sólo a decirles: «Queremos saludaros y haceros saber que tendréis nuestro apoyo moral mientras crecéis». Entonces, si te fijabas bien, veías al vicepresidente de Estados Unidos, A. Philip Randolph, veías a todas las personas que han estado al frente de la lucha por los derechos civiles a lo largo de los años y que habían ido a África para decirles: «Que Dios os acompañe». Aquél fue un gran día, no sólo para Nkrumah, sino para toda la Costa de Oro. Entonces llegó el martes 5 de marzo, muchos acontecimientos lo habían precedido. Aquella noche presenciamos la clausura del parlamento, la clausura del viejo parlamento, el viejo parlamento que presidía el Imperio británico. El viejo parlamento del colonialismo y del imperialismo. Ahora, aquel parlamento se clausuraba. Fue un acto digno de presenciar y una imagen excepcional, una escena magnífica. Nos sentamos allí aquella noche, sólo se permitió entrar a unas 500 personas. La gente, miles y miles de personas aguardaban fuera, y dentro sólo había 500 personas, y fuimos lo bastante afortunados como para poder sentarnos en aquel acto como invitados del primer ministro. Entonces vimos al primer ministro Kwame Nkrumah cómo entraba, acompañado por sus ministros, con los jueces del Tribunal Supremo de la Costa de Oro y con los líderes del Partido de la Convención del Pueblo. Nkrumah entonces subió para pronunciar el discurso de clausura de la antigua Costa de Oro.

Algo viejo desaparecía. Más que cualquier otra cosa, lo que me impresionó aquella noche

fue que cuando Nkrumah entró seguido por los otros ministros que habían estado en prisión con él, no lo hicieron ataviados con las coronas y las vestiduras de los reyes, sino que entraron con los gorros que llevan los prisioneros y los abrigos que habían llevado todos aquellos meses que habían pasado encarcelados. Nkrumah se puso de pie y pronunció su discurso de clausura ante el parlamento llevando aquel pequeño gorro y el abrigo que había usado durante los varios meses que pasó en prisión, rodeado de todos sus ministros. Aquél fue un gran momento. Un viejo parlamento desaparecía.

Y entonces a las 12 en punto de aquella noche salimos fuera y al salir vimos reunidas en el campo de polo a casi medio millón de personas. Hacía años que estaban esperando aquella hora y aquel momento. Mientras salíamos por la puerta y admirábamos aquel hermoso edificio, alzamos la vista y en lo alto vimos una pequeña bandera que había ondeado al viento de aquel cielo durante muchos años. Era la bandera británica de la Costa de Oro, la Unión Jack británica. Pero a las 12 de aquella noche vimos cómo se arriaba aquella pequeña bandera y se izaba otra. La vieja bandera británica era arriada y se izaba la nueva bandera de Ghana. Aquella era ahora una nueva nación, una nueva nación nacía.

Y cuando en el campo de polo el primer ministro Nkrumah se puso de pie ante su pueblo y dijo: «ya no somos una colonia británica. Somos una nación libre y soberana», vimos correr las lágrimas en aquella inmensa muchedumbre. Y me quedé allí pensando en tantas cosas y antes de darme cuenta, empecé a llorar. Lloraba de alegría. Conocía todas las fatigas y todo el dolor, toda la agonía por la que aquel pueblo había pasado para alcanzar este momento. Cuando Nkrumah terminó aquel discurso final, eran ya las 12 y media, y empezamos a irnos. Y oíamos a los niños pequeños de seis años y a los ancianos de 80 y 90 años andar por las calles de Accra gritando «¡Libertad, libertad!». No decían aquellas palabras como nosotros las diríamos -muchos de ellos apenas hablaban inglés-. Con su peculiar acento sonaba fuerte y claro el grito «libertad». Gritaban aquella palabra en un sentido que nunca antes había escuchado y, en cambio, en mis oídos resonaba como aquel viejo espiritual negro: «Libre al fin, Libre al fin, ¡Oh Dios Todopoderoso!, Soy libre al fin». Era algo que sentían en sus almas. Y miráramos hacia donde miráramos, lo oíamos gritar desde las azoteas de las casas. Lo oíamos en cada esquina, en todos los rincones de la comunidad: ¡Libertad, libertad! Era el nacimiento de una nueva nación. Rompían así las cadenas, se liberaban de Egipto.

El miércoles por la mañana, se celebró la inauguración oficial del Parlamento. Una vez más estuvimos presentes cuando Nkrumah pronunció un nuevo discurso. Y en aquella ocasión, el primer ministro de la Costa de Oro, sin nadie ya por encima suyo, con el mismo poder que en Inglaterra tenía MacMillan, con todo el poder que en la India tenía Nehru, con el poder de una nueva nación, como primer ministro de una nación soberana. Entonces entró la duquesa de Kent, la duquesa de Kent que estaba allí en representación de la reina de Inglaterra que ya no tenía ninguna autoridad, ahora era sólo una visitante más. La noche anterior era aún la principal autoridad y la portavoz de la reina que detentaba en realidad el poder en la Costa de Oro. Pero ahora Costa de Oro era Ghana. Una nueva nación y ella era sólo una visitante oficial como lo eran Martín Luther King, Ralph Bunche y todos los

demás, porque aquélla era una nueva nación. Una nueva Ghana había cobrado vida.

Y ahora Nkrumah es el líder de aquella gran nación. Y cuando salió, la gente congregada en las calles de la ciudad, tras la inauguración del parlamento, gritaba: «Salve Nkrumah». El nombre de Nkrumah era vitoreado en toda la ciudad, todos gritaban su nombre, porque sabían que él había sufrido por ellos, que se había sacrificado por ellos, que había ido a prisión por ellos. Aquél fue el nacimiento de una nueva nación. Una nación que ahora había salido de Egipto y que había cruzado el mar Rojo. Y que iba a enfrentarse a su desierto. Como todos los que dejan atrás las cadenas que les atan a Egipto, delante tenía un desierto. Había un problema de adaptación y Nkrumah lo sabía. Delante siempre había tenido aquel desierto. Por ejemplo, este país depende de un único cultivo, el cacao. El 60% del cacao que se consume en el mundo proviene de la Costa de Oro, de Ghana. Y para que el sistema económico sea más estable, va a ser necesario industrializarlo. El cacao fluctúa demasiado como para que toda la economía descansa en su cultivo, de modo que es preciso industrializar el país.

Nkrumah me dijo que una de las primeras cosas que pensaba hacer era trabajar por la industrialización de Ghana y que también tenía pensado trabajar para abordar el problema de elevar el nivel cultural de la comunidad. En Ghana, el 90 % de la gente es aún analfabeta y es preciso elevar el nivel cultural de la comunidad en su conjunto para hacer posible que siga siendo una nación del mundo libre. Sí, tiene un desierto por delante, aunque tengo la esperanza de que la gente de América irá a África como inmigrante, a Costa de Oro y prestará su ayuda técnica, porque allí es mu y necesaria y porque allí hay muchas oportunidades. Ha llegado la hora de que los negros norteamericanos presten su ayuda técnica a una nueva nación en crecimiento. Me alegró mucho ver que había gente que ya se había establecido allí y lo estaba logrando. El hijo del que fuera el rector del Bennett College, el doctor Jones, está allí y ha puesto en marcha una compañía de seguros y está teniendo éxito y se está abriendo camino. Un médico de Brooklyn, Nueva York, recién había llegado aquella semana con su esposa que también era dentista, y que ahora viven allí; se habían ido allí a trabajar con aquella gente que los apreciaba. Habrá centenares y millares de personas, estoy seguro, que van a ir allí a contribuir al crecimiento de esta nueva nación. Y Nkrumah me aseguró personalmente que todos los que lleguen a su país como emigrantes y se queden allí a vivir serán recibidos con los brazos abiertos.

No pensemos ahora que por el hecho de que tenga sólo cinco millones de habitantes, la nación no puede crecer, que es una nación pequeña que apenas cuenta. No olvidemos nunca que cuando Estados Unidos nació en 1776, cuando alcanzó su independencia del Imperio británico, contaba con aún menos habitantes, apenas cuatro millones, y que hoy tiene más de 160 millones. No debemos subestimar nunca a un pueblo porque hoy sea pequeño. La nación americana era más pequeña que Ghana cuando nació. Delante les espera un gran provenir. El futuro está de su parte. Ahora deben cruzar el desierto, pero delante tienen la Tierra Prometida.

Quisiera dedicar también unos minutos para terminar a tres o cuatro cosas que toda esta historia nos recuerda y nos dice, cosas que nunca debemos olvidar mientras tratamos de

liberarnos de un Egipto malvado y acercarnos a la Tierra Prometida de la integración cultural. Ghana tiene algo que decirnos. Nos dice ante todo que los opresores nunca otorgan de forma voluntaria la libertad a los oprimidos. Tenéis que trabajar para conseguirlo. Y si Nkrumah y el pueblo de la Costa de Oro no se hubieran puesto de pie con persistencia, ni se hubieran rebelado contra el sistema, seguirían siendo una colonia del Imperio británico. La libertad nunca se da a nadie, quien os oprime os domina porque piensa manteneros ahí y nunca va a renunciar a eso de forma voluntaria. Y es de aquí de donde viene la tenaz resistencia que oponen. Las clases privilegiadas nunca renuncian a sus derechos sin oponer una fuerte resistencia.

Así que os ruego que hoy no os marchéis cargados de ilusiones. No volváis a vuestros hogares de Montgomery pensando que la Comisión de la Ciudad de Montgomery y el conjunto de las principales fuerzas que lideran el Sur resolverán finalmente a favor de los negros, que ya se resolverá, que se resolverá por la fuerza irresistible de lo inevitable. Si esperamos que se resuelva por sí solo, nunca se resolverá. La libertad no sólo se alcanza por medio de la revuelta continua, a través de la agitación constante, a través del reiterado alzarse contra el sistema del mal. La protesta de los autobuses es sólo el principio. La integración ha llegado ya a los autobuses de Montgomery, pero es sólo el principio. Ahora no debéis sentaros sin hacer nada porque la integración ha ya llegado a los autobuses, porque si ahora os detenéis, nos quedaremos en las mazmorras de la segregación y la discriminación otros cien años más y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos padecerán la misma esclavitud que hemos padecido durante años. Nunca se obtiene porque la concedan de forma voluntaria. Debemos seguir persistiendo para alcanzar la libertad. Sabiendo que nunca sucede así. Sería una suerte que quienes detentan el poder, tuvieran el suficiente sentido común para retirarse y ceder, pero no es así como lo hacen. No harán por voluntad propia, sino por la presión que ejercen los oprimidos. Si no hubiera habido un Gandhi en la India y todos sus nobles seguidores, la India nunca hubiera alcanzado la libertad. Si no hubiera habido un Nkrumah y sus seguidores en Ghana, Ghana sería aún una colonia británica. Si en América no hubiera habido abolicionistas, negros y blancos, puede que aún hoy estuviéramos en las mazmorras de la esclavitud. Pero así como en todas las épocas los ha habido, siempre habrá personas así en cada período de la historia de la humanidad, personas a las que no les importa que les corten el cuello, que no les preocupa ser perseguidos, discriminados y maltratados, porque saben que la libertad nunca se otorga, sino que se alcanza a través de una agitación y revuelta persistente y continua por parte de los que se hallan atrapados en el sistema.

Ghana nos enseña precisamente eso. Pero también nos dice algo más. Nos recuerda el hecho de que una nación o un pueblo pueden romper las cadenas de la opresión sin hacer uso de la violencia. En las primeras dos páginas de su autobiografía -un gran libro que deberíais leer-, que fue publicada el día 6 de marzo, Nkrumah habla de cuando estudió los sistemas sociales de los filósofos sociales y empezó a estudiar la vida de Gandhi y sus técnicas. Dice que al principio no podía ver cómo iban a liberarse del colonialismo sin una revuelta armada, sin ejércitos ni armamento. Luego explica cómo después de seguir

estudiando a Gandhi y la técnica que empleaba, llegó a ver que el único medio para conseguirlo era una acción no violencia y positiva. Le dio el nombre de «acción positiva» a su programa. ¿Qué hermoso, verdad? Y ahora aquella nación ya es libre, libre sin haberse alzado en armas. Es libre por medios no violentos. Y por ello, el Imperio británico no tendrá hacia Ghana el resentimiento que guarda, por decirlo así, hacia China. Por ello, cuando el Imperio británico abandone Ghana, se marchará con una actitud diferente de la que hubiera tenido de haber sido expulsado por la fuerza de las armas. Debemos rebelarnos de tal modo que después, una vez concluida la revuelta, podamos vivir con los demás como sus hermanos y sus hermanas. Nuestra meta nunca debe ser derrotarles o humillarles. La noche que estuvimos en el State Ball, mientras hablaba con algunas personas, Mordecai Johnson me hizo reparar en el hecho de que el primer ministro Kwame Nkrumah estaba bailando con la duquesa de Kent. Y recuerdo que dije: «¿Y esto no os dice nada? El antiguo siervo, el que antes fue esclavo, ahora bailaba con el señor en pie de igualdad». Y eso fue así porque no había resentimiento. Estas dos naciones serán capaces de vivir juntas y trabajar una con otra porque las cadenas se rompieron mediante la no violencia y no con el uso de la violencia.

La consecuencia de la no violencia es la creación de una comunidad querida y apreciada. La consecuencia de la no violencia es la redención. La consecuencia de la no violencia es la reconciliación. La consecuencia de la violencia, en cambio, es el vacío y el resentimiento. Y esto es lo que me preocupa. Luchemos con pasión y sin tregua por la justicia y la paz, pero cerciorémonos siempre de que en esta lucha tenemos las manos limpias. No luchemos nunca recurriendo a la falsedad y la violencia, al odio y la maldad, luchemos siempre que, cuando llegue el día en que los muros de la segregación se hayan desmoronado por completo en Montgomery, sea mosca paces de vivir con los demás como sus hermanos y hermanas (...).

Quisiera volver a hablar de Montgomery, pero debo detenerme antes un momento en Londres, porque esta ciudad me recuerda algo. Nunca olvidaré el día en que visitamos Londres. El día siguiente empezamos a recorrer esta gran ciudad, la única ciudad del mundo que es casi tan grande como la ciudad de Nueva York. Más de 8.000.000 personas viven en Londres, 8.300.000 para ser precisos. Londres es más grande que Nueva York en extensión. De Londres guardo una imagen fascinante (...). Hubo un tiempo en que las reinas y los reyes de Inglaterra podían presumir de que el Sol nunca se ponía en el Imperio británico, un tiempo en que ese imperio abarcaba la mayor parte de Australia, la mayor parte de Canadá. Hubo un tiempo en que gobernaban la mayor parte de China, la mayor parte de África y toda la India. Empecé entonces a pensar en aquel imperio. Empecé a pensar en que hubo una época en la que gobernaba sobre toda la India. El Mahatma Gandhi se alzó allí en todas partes, tratando de alcanzar la libertad para su pueblo, pero nunca cedieron. Ellos nunca cedieron, decidieron resistir y mantener la India humillada bajo el colonialismo durante muchos, muchos años más (...). Pensé en el hecho de que el Imperio británico explotó la India. ¡Pensé en eso! Una nación con 400 millones de habitantes y que los británicos explotaron tanto que de una población de 400 millones, 350 ganaban al

año menos de 50 dólares, 25 de los cuales debían utilizarlos para pagar impuestos y comprar con el resto otras cosas para vivir. Pensé en el África negra, y cómo la gente allí, si consigue reunir 100 dólares al año, piensa que vive muy bien. Dos chelines al día -un chelín son 14 centavos de dólar, dos chelines, 28 centavos de dólar-, ¡menudo sueldo! Y eso era así debido a la dominación del Imperio británico. Todas esas cosas pasaban por mi cabeza y mientras me encontraba en la Abadía de Westminster con toda su belleza, pensé en todos aquellos hermosos himnos y cánticos que la gente iba allí a cantar. Y, sin embargo, la Iglesia de Inglaterra nunca tomó posición contra aquel sistema. La Iglesia de Inglaterra lo aprobó. La Iglesia de Inglaterra le dio dimensión moral. Toda la explotación que perpetuó el Imperio británico fue aprobada y bendecida por la Iglesia de Inglaterra. Pero también me pasó algo más por la cabeza: Dios está ahí aunque la Iglesia no tome partido (...).

Hoy me da la impresión de que puedo oír a Dios que habla. Le escucho hablar a través del universo diciendo, «Cesad y reconoced que yo soy Dios». Y si no cesáis, si no os enmendáis, si no dejáis de explotar a la gente, me alzaré y romperé la columna de vuestro poder. Y vuestro poder dejará de serlo. Miré a Francia. Miré a Gran Bretaña. Y pensé en la Gran Bretaña que podía vanagloriarse de que el Sol nunca se ponía en su gran Imperio. Y me dije que ahora había quedado reducida a un nivel en el que el Sol apenas si se levanta sobre el Imperio británico, porque se había basado en la explotación, porque el Dios del universo al final toma partido.

Y hoy os digo a vosotros, amigos míos, levantaos y sabed que, mientras lucháis por la justicia, no lucháis solos, sino que Dios lucha a vuestro lado. Y que Él no descansa. De algún modo puedo mirar, puedo mirar a través de los mares y del universo, y gritar: «Mis ojos han contemplado la gloria de la venida del Señor. Está pisoteando las cosechas de las uvas de la ira». Y luego meditarlo, porque Su verdad sigue su curso inexorable, y entonces entonar otro cántico: «¡Aleluya, gloria Aleluya! Su verdad sigue su curso inexorable». Entonces escuchó de nuevo las palabras de Isaías: «Que se alcen todos los valles, y se rebajen todos los montes y collados, que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria del Señor, y la verá toda la carne a una». Ésa es la belleza que hay en esto: toda la carne, a una, la verá. No algunos desde las alturas de la Park Street y otros desde las mazmorras de los barrios bajos (...).

Moisés puede que no llegue a ver la tierra de Canaán, pero sus hijos la verán. Pero no obstante, se subió lo bastante alto a una montaña para verla y cerciorarse de que estaba cerca. La belleza de esta historia reside en que siempre hay un Josué que asume la tarea de Moisés y lleva a los hijos hasta aquella tierra, que está allí aguardando con su miel y su leche, y con toda la munificente belleza que Dios ha reservado a sus hijos. Ah, qué de cosas tan maravillosas nos tiene Dios reservadas. Con tal que le sigamos adelante lo suficiente para conseguirlas. ¡Oh Dios, nuestro misericordioso Padre celestial, ayúdanos a ver las ideas que nos enseña esta nueva nación. Ayúdanos a seguirte a Ti y a toda tu acción creadora en este mundo, y a que descubramos de algún modo que estamos hechos para vivir juntos como hermanos. Y que en esta generación veamos el día en que todos los hombres reconocen la paternidad de Dios y la fraternidad del hombre. Amén.